



# I

## PRINCIPIOS DEL REINADO DE FELIPE V

1701-1702

Aceptación del testamento de Carlos II.—Entrada de D. Felipe en Madrid.—Desposorio con D.<sup>a</sup> María Luisa de Saboya.—Tratado con Portugal.—Cesiones en Indias.—Descontento en la Armada española.—Va el Rey á Barcelona.—Viaje de la Reina.—Don Felipe se traslada á Nápoles en escuadra francesa, y de allí á Milán.—Confederación de Inglaterra, Holanda, Austria y Alemania contra la Casa de Borbón.—Declaran la guerra.—Estado militar de España al afrontarla.—Viene fuerte armada de los aliados contra Cádiz.—Hacen desembarco de tropas en Rota.—Saquean el Puerto de Santa María.—Fracasan en los ataques de Matagorda, bahía y puente de Suazo.—Se retiran con mengua.—Opinión acerca de los Consejos de guerra de generales.

**A**CEPTADO que fué el testamento del rey Carlos II designando por sucesor suyo en el solio al duque de Anjou, hijo del delfin de Francia, viéndose consolidado en el poder el bando político que dirigía el cardenal Portocarrero, preparó la recepción del soberano, procurando extender las impresiones optimistas con que por sí juzgaba que, coincidiendo por rareza con nuevo siglo, reinado nuevo y dinastía distinta, iba á iniciarse también, con la venida del nieto de Luis XIV, era nacional venturosa, conjurado desde luego el peligro de desmembración del territorio, acabado el aislamiento tradicional detrás de la barrera pirenaica, trocadas la antipatía y la rivalidad con Francia por íntima y permanente alianza que había de procurar fuerza y respeto al pueblo español.

La opinión, aunque trabajada en contra por los partidarios



de la Casa de Austria, no rechazaba la perspectiva ministerial, persuadida de que, fuera cualquiera la marcha de los acontecimientos, difícilmente habría de empeorar el estado espantoso de ruina y de postración á que estaba reducido el reino. No existiendo ya en él hacienda ni crédito; falta de población, de industria, de comercio; sin ejército, sin armada, sin concepto ninguno en el exterior, ¿qué se podía perder? ¿Habían de presumirse calamidades comparables con las experimentadas ó sufridas?

No hay enfermo de grave padecer que no espere algún alivio del cambio de postura; así también los pueblos, en la adversidad, suelen confiar en la mudanza de los gobernantes, y, por tan natural inclinación, no obstante los murmullos de los que desde entonces empezaron á ser designados con el calificativo de *austriacos*, la gran masa deseaba impaciente la venida del rey Felipe V. Lo mismo en Castilla que en Aragón, Valencia y Cataluña, la vista de su persona, la juventud, la apostura, el aire marcial que tanto contrastaban con el aspecto valetudinario del difunto Monarca, establecieron corriente simpática favorable á las anteriores impresiones, allanándole el camino dificultoso de la popularidad.

Pasó D. Felipe el Bidasoa el 22 de Enero de 1701 en una chalupa prevenida al efecto, adornada de vistosos dorados entalles: en la popa había una separación muy capaz, con los tendales de brocado de oro, franjas y alamares de lo mismo, cerrada con cristales. Iba de guarnición en esta chalupa una compañía de mosqueteros con el vestuario de paño azul guarnecido de oro, y seguíanla otras muchas en que embarcaron los principales oficiales, remolcándolas diversos bateses<sup>1</sup>. Continuando desde la frontera el viaje á Madrid, llegó

<sup>1</sup> *Succession de el rey D. Phelipe V nuestro Señor en la corona de España; diario de sus viages desde Versailles á Madrid; el que executó para su feliz casamiento; jornada á Napoles, á Milan y a su exercito; successos de la Campaña y su buelta á Madrid. Lo escribió de su real orden Don Antonio de Ubilla y Medina, Marqués de Ribas, etc., etc., Secretario del despacho universal y de la Reyna Nuestra Señora, á cuyos pies dedica y consagra esta Relacion.* Madrid, 1704. Un volumen en folio con láminas en que se retratan los navíos y galeras de la época, dibujadas por Felipe Pallota, ingeniero de S. M. y ayuda de furriel de la Reina.



PRINCIPIOS DEL REINADO DE FELIPE V.

el Rey al palacio del Buen Retiro el 18 de Febrero y esperó en aquel sitio á que se dispusieran las ceremonias de la entrada oficial en la corte, verificada con alborozo imponderable <sup>1</sup> que no tardó en amortiguarse, porque los consejeros y ministros de S. M., distinguiéndose por la dureza y la intemperancia el cardenal Portocarrero, acometieron de seguida una serie de reformas, necesarias en verdad, pero que conviniera iniciar sin precipitación. Mudáronse los empleados en la Casa Real; suprimiéronse las mercedes, pensiones y orfandades disfrutadas por muchas familias de la nobleza y de antiguos servidores; se extendió la economía al sueldo de los militares, aumentando su reducción la cifra de los cesantes, en que entraron todos los sospechosos de aficiones *austríacas*, cuanto más los reconocidamente adictos á la dinastía anterior, desterrados de la corte, como lo fué D. Juan Tomás Enríquez de Cabrera, el almirante de Castilla, que hasta entonces tuvo el alto cargo palaciego de Caballerizo mayor.

Con tan desagradables novedades empezó á manifestarse en el interior el espíritu de oposición con que respondían los descontentos á excitaciones externas, principalmente dirigidas por el emperador Leopoldo, único soberano que protestó el testamento de D. Carlos II por contrario á sus derechos, declarándose dispuesto á mantenerlos por fuerza de armas. Inglaterra y Holanda, con las otras naciones signatarias de los tratados de repartición, aceptaron, al parecer, las razones con que el rey de Francia excusaba el cumplimiento por su parte, y reconocieron á Felipe V como legítimo monarca. Portugal y Saboya hicieron más; la influencia de Luis XIV consiguió su adhesión á la alianza franco-española y que suscribieran convenios especiales asegurando las fronteras en la Península y en el Milanesado á favor de la cesión de la colonia del Sacramento en la boca del río de la Plata, que tanto deseaba D. Pedro II en beneficio de sus posesiones del Brasil <sup>2</sup>, y del contrato matri-

<sup>1</sup> El 14 de Abril; *Gaceta de Madrid*.

<sup>2</sup> Don Alejandro del Cantillo, *Tratados, Convenios y declaraciones de paz y de comercio que han hecho con las potencias extranjeras los Monarcas españoles de la casa*



monial de D. Felipe con María Luisa Gabriela de Saboya, hija del Duque <sup>1</sup>.

Á ser firmes y duraderas estas amistades, poco tenían que recelar los aliados de una guerra continental llevada á Italia por el Emperador, aun cuando se procuró el apoyo de los príncipes alemanes; mas vino á quebrantarlas la política del mentor francés, no tan acertada como en los tiempos de su apogeo. Valióse de las circunstancias para obtener de su nieto el asiento de negros con condiciones que le abrían el comercio de Indias <sup>2</sup>; dispuso la expedición de dos escuadras que lo aseguraran, al mismo tiempo que servían de escolta á las flotas y galeones de la plata, detenidos había más de un año en Cádiz sin determinarse á emprender viaje; aconsejó, si no impuso, disposiciones equivalentes á la exclusión de las naves inglesas y holandesas en los puertos de España, con todo lo cual alarmó á estas potencias, afectadas en los intereses materiales, y sucesivamente molestas con las declaraciones de reserva de los derechos eventuales del duque de Anjou á la corona de Francia, y el reconocimiento, á todas luces imprudente, de los de Jacobo Stuart al trono de Inglaterra en los momentos de ocurrir la muerte de su destronado padre <sup>3</sup>.

En la Armada española, exigua como era, y ocupada en formar la flota dicha de galeones de Indias por la parte del Océano <sup>4</sup>, mientras por la del Mediterráneo acudía con las galeras á conducir á Milán las tropas requeridas por el avance

*de Borbon desde 1700 hasta el día; puestos en orden é ilustrados muchos de ellos con la historia de sus respectivas negociaciones.* Madrid, 1843.—«Tratado de mutua alianza entre España y Portugal firmado en Lisboa el 18 de Junio de 1701.»

<sup>1</sup> El tratado de alianza se concluyó en Turin en 6 de Abril, y el contrato matrimonial en 23 de Julio.

<sup>2</sup> Cantillo, *Colección de tratados*. «Asiento para la introducción de esclavos negros en las Indias por la Compañía real de Guinea establecida en Francia. Madrid 27 de Agosto de 1701.»

<sup>3</sup> William Coxe, *L'Espagne sous les Rois de la Maison de Bourbon ou Mémoires relatifs à l'histoire de cette nation depuis l'avènement de Philippe V en 1700, traduits en français, avec des notes et des additions par Don Andrés Muriel.* París, 1827.

<sup>4</sup> Salió de Cádiz, como anotado queda, precediéndola el Marqués de Coetlogon con escuadra francesa de seis navios de línea, pertrechos y municiones para proveer á las plazas de América.



de las del Emperador, que á las órdenes del príncipe Eugenio de Saboya habían roto las hostilidades, sin desatender por ello el socorro de Ceuta y del Peñón, plazas sitiadas por moros, y de auxiliar á la de Vélez Málaga, que los corsarios argelinos atacaron; en la armada, digo, cundió el descontento, primero por la reducción del personal y merma de los haberes, ya de muy atrás cortos y mal pagados <sup>1</sup>; después, por la distinción acordada al Conde de Estrées, vicealmirante del Rey cristianísimo, proveyendo en su persona el cargo de Teniente general de la mar <sup>2</sup>, vacante desde el fallecimiento del príncipe de Pomblin.

Víctor María de Estrées se hallaba en Cádiz gobernando escuadra de 10 navíos de línea destinados al sostén de los intereses de España, concepto por el que era acreedor á cualquiera manifestación de reconocimiento hacia el que lo enviaba; pero aunque no se tuviera por incompatible el cargo de Almirante que ejercía con el de jefatura en marina extraña, fresco estaba el recuerdo de haber dirigido el bombardeo de Alicante y de retirarse después prudentemente sin aceptar la batalla á que le invitaba el Conde de Aguilar en desquite de las ruinas que causó. ¿No parecería recompensa de tales actos el título que ningún otro posterior motivaba?

Hizose intérprete de sentimientos el duque de Nájera, Capitán general de las galeras de España, solicitando la dejación del empleo con memorial razonado en que, al resumir los servicios prestados en período de treinta y seis años, historiaba los de la marina durante la guerra anterior con Francia <sup>3</sup>. Le secundó el marqués de Leganés, recientemente nombrado Capitán general del mar Océano y costas de Andalucía, y otros jefes de menos significación imitaron los ejemplos.

<sup>1</sup> «Reglamento dado por S. M. el rey D. Felipe V en el Buen Retiro, á 24 de Marzo de 1701 sobre los sueldos que se han de continuar y los que han de quedar extinguidos en las galeras.» *Colección Vargas Ponce*, leg. xxxi.

<sup>2</sup> En 19 de Mayo de 1701.

<sup>3</sup> Documento firmado en Cádiz á 23 de Junio de 1701. Manuscrito en la Academia de la Historia. *Colección Salazar*, K. 24, fol. 115. La dimisión fué admitida por Decreto de 2 de Julio, copiado en la *Colección Vargas Ponce*, leg. xxi.



Á todo esto, efectuado en Turín el desposorio de Doña María Luisa, decidió el Rey adelantar el recibo, trasladándose á Barcelona, con el doble objeto de asistir á las Cortes de Aragón y de Cataluña, siéndole grata la recepción entusiasta que le hicieron los pueblos del tránsito, sin exceptuar la capital del Principado, aunque en ella hubiera extremado los trabajos en favor de la Casa de Austria el príncipe de Darmstadt, virrey de Carlos II, en ejercicio hasta la llegada á España de D. Felipe.

Siete galeras de la escuadra de Nápoles, al mando de su general propietario D. Ginés de Castro y Portugal, conde de Lemos, y cuatro de Francia, á cargo del conde de Luq, esperaban en Villafranca de Niza á la llegada de la Reina. La armada comprendió en un principio á las escuadras de Sicilia y de Génova, empero éstas se separaron, marchando precipitadamente hacia la ciudad del Vesubio, donde ocurrieron graves disturbios á causa de conjuración instigada por el Emperador contra el dominio de España <sup>1</sup>.

Embarcó D.<sup>a</sup> María Luisa en la capitana de Nápoles, decorada como real, saliendo del puerto el 27 de Septiembre con buen tiempo. Navegaba inmediata á la costa, disfrutando de su hermosa vista, saludada al paso por los cañones de las fortalezas mientras duraba el día, que al anochecer fondeaba en paraje seguro donde S. M. pudiera descansar. De este modo duró la travesía desde Niza á Marsella diez y siete días; y como ya desde aquí fuera preciso atravesar el golfo de León, fatigada del mareo la Reina, y como niña de trece años, temerosa de imaginarios peligros, determinó resueltamente continuar el camino por tierra, con lo que no salió gananciosa de molestias, pues el viento próspero impulsó á las galeras, dándoles acceso á Barcelona el 25 de Octubre, al paso que el de las caballerías en los caminos retrasaron su viaje, prolongándolo hasta el 8 de Diciembre.

Cuentan las relaciones del tiempo que el Rey distrajo la impaciencia visitando la cámara en que posó su amada y

<sup>1</sup> Relaciones impresas.



dando con la escuadra un paseo á vista de Montjui, que hizo más agradable la espléndida merienda ofrecida por el conde de Lemos.

«En la galera, siguen diciendo, sobre la propia grandeza de la popa, con su dorada y primorosa escultura, lucía majestuosamente grave su tienda, que por la parte interior era de riquísimo tisú, como también todas las cortinas del camarote de popa, que, con las cristalinas vidrieras y sus dorados marcos, formaban un todo soberanamente ostentoso. Todo el cuerpo de la galera hasta proa parecía un precioso pensil, cuyos árboles tenían los troncos plateados, las hojas lucidamente transparentes y las frutas primorosamente azucaradas, con que, alegrando á la vista, lisonjeaban el gusto. Los árboles y entenas de la galera poblaban el aire con banderas de damasco carmesí, con flámulas y estandartes de lo mismo. La chusma vestida de igual damasco, y entre lo dorado de la popa, proa y remos, con lo restante del maderaje, formaban admirable todo, sólo con sí mismo comparable.»

Un estrado de vistosos tapices y un catre de brocado singularizaban al camarín de la Reina, lugar privilegiado de la embarcación de que D. Felipe no se mostró descontento.†

En la noche hizo la escuadra fiesta de luminarias y fuegos artificiales, formando algunas galeras castillos de luz de mucho gusto; otras florones, y algunas el perfil del velamen y estandartes. Dispararon desde la popa de la capitana un castillo con gran número y diversidad de cohetes, concluyendo con salva real, y por semejantes demostraciones contribuyó la marina á los regocijos con que fueron solemnizándose la entrada y ratificación del casamiento de D.<sup>a</sup> María Luisa <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Ubilla, *Sucesión del rey D. Felipe*, antes citada. Imprimiéronse en Barcelona relaciones especiales, entre ellas:

*Festivas demostraciones y magestuosos obsequios, con que el muy ilustre y fidelísimo consistorio de los deputados, y oydores del principado de Cataluña, celebró la dicha que llegó á lograr, con el deseado arribo y feliz himeneo de sus católicos reyes don Felipe IV de Aragón y V de Castilla, Conde de Barcelona, etc., y doña María Luisa Gabriela de Savoya, que Dios guarde prospere, y en su sucesión eternice. Siendo deputados y oydores de cuentas..... Año 1702. Impresos de orden del muy Ilustre y Fidelísimo Consistorio, por Rafael Figueró. En 4.º, 352 páginas.*

*Devotos obsequiosos cultos y leales festivas aclamaciones con que celebró la excelenti-*



Todo no pasó con regocijo en Barcelona: hubo disenti-  
miento en las Cortes y enojos, achacados al carácter altivo  
y áspero de los catalanes tanto como á la aversión en que es-  
taba trocado el afecto que antaño tuvieron al nombre fran-  
cés <sup>1</sup>. Á nuestro objeto importa solamente consignar que el  
descontento de otros lados se significó más intenso en Cata-  
luña al salir de la ciudad los Reyes, para Aragón y Castilla  
Doña María Luisa, y para Nápoles D. Felipe, donde se  
proponía sosegar los ánimos y adquirir ascendiente sobre  
aquel terreno minado, á cuyo fin, careciendo de armada,  
tuvo que pedir transporte á su abuelo y que arbolarse el estan-  
darte real en nave extranjera.

La escuadra puesta á su disposición por Luis XIV se com-  
ponía de ocho navíos franceses de línea, mandados por el  
conde de Estrées, no contando los menores, destinados al  
embarque de ropas, caballos y coches de S. M. <sup>2</sup>

Dió á la vela en Barcelona el 8 de Abril de 1702 é hizo  
feliz viaje hasta Baya, donde el Rey transbordó á la galera ca-  
pitana de Nápoles, que allá con las demás de la escuadra,  
esperaba, á fin de concurrir á la entrada solemne en la ciudad,  
que se realizó el día 17.

Trancurridos algunos, entraron en el puerto seis galeras

*sima ciudad de Barcelona la gloriosa translación de Olaguer, su santo, y la regia venida  
de su cathólico monarca Felipe V.... y su feliz consorcio con la Serenísima Señora  
Doña Maria Luisa, Princesa de Savoya. S. a. n. l., 265 páginas.*

He procurado condensar lo que interesa á la atención marina en mi libro de  
*Viajes regios*, Madrid, 1893.

<sup>1</sup> Aprecian de muy distinto modo lo ocurrido entonces, D. Victor Balaguer en  
su *Historia de Cataluña*, tomo VIII, Madrid, 1886, y D. Joaquín Maldonado Maca-  
naz, *Historia del reinado de Don Felipe V y del advenimiento de la casa de Borbón al  
trono de España*, obra actualmente en publicación por «El Progreso Editorial»,  
como parte de la Historia general de España escrita por Académicos de la Historia.

<sup>2</sup> Eran *le Foudroyant, l'Admirable, le Content, le Fortuné, le Lyon, l'Eclair,  
l'Ironnelle y le Sorcier*, armados con 90 á 70 cañones, á excepción del primero,  
capitana, que montaba 100 y estaba dispuesto como Real; la cámara colgada de  
damasco carmesí con franja de oro y guarnecida con espejos, el camarote de S. M.  
con catre y toda especie de comodidades; las cubiertas alfombradas, una escala de  
acceso muy espaciosa, música militar, falúa esculpida y dorada. Ubilla consignó  
los nombres de los comandantes y oficiales del Estado mayor, y los del séquito  
del Rey, así como los pormenores de salvas y honores al embarco, é incidencias  
del viaje.



de Francia, á cargo del marqués de Fourville y tres del gran duque de Toscana, componiendo con las españolas fuerza suficiente para prescindir de los navíos, despedidos por tanto, no sin que D. Felipe hiciera al Almirante, conde de Estrées, merced repetida de Grandeza de España<sup>1</sup>, y mostrara su complacencia á los Comandantes con otras proporcionadas, que se extendieron á personas de la corte de Versalles y de marina, entre las últimas á Bernardo Renaud de Elizagaray (*Petit Renaud*), el inventor de las bombardas, traído al servicio de España con el título nuevo de General de Batalla, y el cargo de inspeccionar las fortificaciones de Cádiz y Gibraltar<sup>2</sup>.

Todo el mes de Mayo empleó Don Felipe en dar satisfacción á los agraviados del reino, en templar voluntades y en procurar el aprecio público; más empleara á no querer compartir con los soldados la suerte de la campaña emprendida por Milán en su provecho. El 2 de Junio volvió, pues, á bordo de la galera Real, haciendo cabeza de la escuadra de veinte que se habían congregado, á saber: cuatro de Nápoles, tres de Sicilia y tres de Génova, ó sean diez españolas, seis de Francia y cuatro de Toscana. Aprovechó la escala de Orbitelo para visitar las fortificaciones célebres por la defensa que tras ellas hizo Carlos de la Gatta; en Liorna le dedicó el Gran Duque suntuoso recibimiento, viniendo él mismo á la Real en góndola con paramento y tendal ricos; los remeros, con trajes de damasco guarnecidos de galón de oro, y al pecho tarjetas de plata con las armas de su señor. Allí se agregaron á la escuadra otras cinco galeras, y las salvas y agasa-

<sup>1</sup> Todas las mercedes consignan las relaciones mencionadas del viaje y los documentos oficiales. He visto en París el título original del conde de Estrées, escrito en pergamino, adernado con iluminación en colores y firmado en Madrid el 14 de Agosto de 1703. Expresa que por decreto señalado de mano del Rey el 3 de Mayo de 1702, esto es, á poco de desembarcar en Nápoles, le había hecho concesión de la Grandeza de España de primera clase, para su persona, casa y territorio de Dudauville por siempre jamás, teniendo en cuenta su calidad y servicios en Francia (que refiere) y la antigüedad y lustre de sus antepasados (que va enumerando), desde el tiempo de Baudovin de Estrées, ó sea desde el año de 1200.

<sup>2</sup> *Gaceta de Madrid* de 25 de Abril de 1702.



jos se repitieron en los pueblos de la costa hasta el puerto del Final, tomado el día 9 de Julio <sup>1</sup>.

En este período se iniciaba en Europa conflagración producida, en general sentir, por la diplomacia de Luis XIV, decadente ya por anciano y mal servido, cuando los ministros, los capitanes, los almirantes que contribuyeron al brillo de su carrera habían pasado. Aproximó la zozobra á Inglaterra y Holanda con Austria, hasta el punto de concertar confederación y alianza que garantizara la seguridad de sus respectivos territorios y la libertad de navegación y comercio; que evitara al mismo tiempo por cualquier medio la eventualidad de que jamás las coronas de Francia y España llegaran á unirse y componer un solo dominio, ó que un solo rey viniera á ser su soberano; y especialmente que en ningún tiempo los franceses se hicieran dueños de las Indias españolas, ni pudieran enviar navíos ni hacer comercio en ellas directa ni indirectamente <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Don Felipe dejó en la Armada demostración de agrado, nombrando al general conde de Lemos virrey de Cerdeña, y para sustituirle en las galeras de Nápoles, á D. Andrés Dávalos, príncipe de Montesarchio, agraciado á su vez con Grandeza de España y Toisón de Oro. Á D. Manuel de Silva, general de las galeras de Sicilia, y á Juan Andrea Doria del Carreto, duque de Tursí, que lo era de las de Génova, dió llaves de gentilhombre de Cámara; los capitanes de galera recibieron joyas estimadas en mil escudos cada una, y aun la chusma tuvo gratificación. Muchos pormenores de la jornada real contienen los siguientes impresos:

*Resolution du roi d'Espagne pour le voyage d'Italie afin de rétablir le repos du royaume de Naples et Commander les troupes qui défendent le Milanais.* Du 2 fevrier, 1702. S. l. En 4.º

*Lettre écrite par Antoine Bulifon á un de ses amis en France, contenant un recit de ce qui s'est passé á l'entréé solennelle de Sa Magesté Catholique Philippe V dans la ville de Naples.* Naples, 1702. En 4.º

*Distinta e sincera relazione della regal cavalcata fatta per il publico ingresso in questa fedelissima città di Napoli, del glorioss. nostro monarca Filipe quinto, da Titolati Cavalieri et Baroni di questo regno..... In Napoli, per D. A. Parrino e per C. M. L. Mutio,* 1702. En 8.º

*Journal du voyage d'Italie de l'invincible et glorieux monarque Philippe V, roi d'Espagne et de Naples..... écrit pour Antoine Bulifon.* Naples, S. a. 8.º, 436 págs.

La ciudad de Nápoles acuñó medalla con el busto del Rey mirando á la derecha y la inscripción PHYLIPVS. V. HISPANIARUM REX. En el reverso, Neptuno sobre una concha en medio del mar, que rodean los reinos de Nápoles y Sicilia, arrojando á los vientos y tempestades, y estableciendo el reinado de la calma. La leyenda, tomada de Virgilio, dice: SIC CUNCTUS PELAGI CEDIDIT FRAGOR. Véase *Disquisiciones náuticas*, t. I, pág. 365.

<sup>2</sup> Tratado concluido en el Haya el 7 de Septiembre de 1701 entre el Empera-



Aunque falleció por accidente Guillermo III de Inglaterra (Marzo de 1702), principal agitador y alma de las negociaciones, proclamada por sucesora Ana de Dinamarca, siguió fielmente el plan que encontró preparado, activando armamentos navales en proporciones que no podían dejar duda de avecinarse guerra más seria de lo que había parecido la de Italia. ¿Cuál era por entonces el estado militar de España para afrontarla? Dícelo entre los que lo veían, un escritor en estas frases <sup>1</sup>:

«No se atendió á fortificar y presidar las plazas marítimas de Andalucía, Valencia y Cataluña, que eran las llaves del Reino, el cual, como si no se disputase dél, yacía sepultado en el ocio. Ruinosos los muros de sus fortalezas, aún tenía Barcelona abiertas las brechas que hizo el duque de Vandoma, y desde Rosas hasta Cadiz no había alcazar ni castillo, no sólo presidado, pero ni montada su artillería. La misma negligencia se admiraba en los puertos de Biscaya y Galicia. No tenían los almacenes sus provisiones, faltaban fundidores de armas, y las que estaban eran de ningun uso. Vacíos los arsenales y astilleros, se había olvidado el arte de construir naves, ni tenía el Rey mas que las destinadas al comercio de las Indias, y algunos galeones; seis gáleras consumidas del tiempo y del ocio se ancoraban en Cartagena. Estas eran las fuerzas de España; estos los preparativos de una guerra infalible con evidencias de pertinaz y sangrienta. Ni los reinos que del Continente dividía el mar estaban con más vigilancia tratados; no tenía todo el reino de Nápoles seis cabales compañías de soldados, y esos, ignorantes de la guerra y arte militar, ó della olvidados por la quietud de tantos siglos. A Si-

dor, el Rey de Inglaterra y los Estados generales de las Provincias Unidas, copiado por el P. Fr. Nicolás de Jesús Belando, *Historia civil de España, sucesos de la guerra y tratados de paz desde el año de 1700 hasta el de 1733*. Madrid, 1740, t. 1, página 47.

<sup>1</sup> Don Vicente Bacallar y Sanna, marqués de San Felipe, del Consejo de S. M. Católica, etc., etc. *Comentarios de la guerra de España e historia de su rey Phelipe V, el Animoso, desde el principio de su reinado hasta la paz general del año 1725*. Impreso en Génova, sin año, siendo el autor Enviado extraordinario á la Serenísima República. La obra, en dos tomos folio, es fuente principal de que se han servido los historiadores sucesivos.

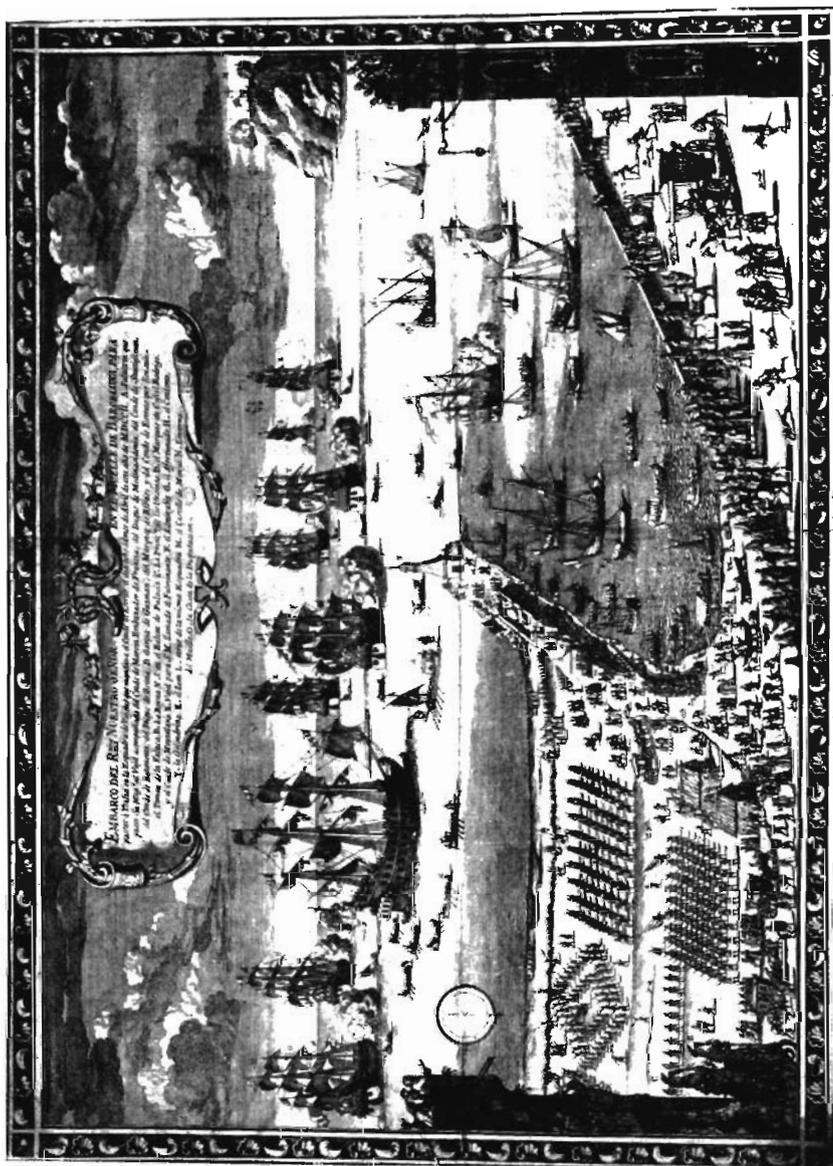


cilia la guarnecían 500 hombres; duscientos á Cerdeña; aun menos á Mallorca, pocos á Canarias y ningunos á las Indias. Las milicias urbanas creían poder suplir en la ocasion, sin tener mas disciplina militar que estar sus nombres por fuerza asentados en un libro, y obligar á los labradores y á las rústicas guardas del ganado á tener un arcabús. Ocho mil hombres había en Flandes, seis en Milán, y si se contasen todos los que estaban al sueldo de esta vasta monarquía, no pasaban de 20.000. Las fuerzas marítimas de los reinos extranjeros eran 13 galeras, y seis daba en asiento en Génova Juan Andrés Doria Carreto, duque de Turcis, y otra Esteban Doria <sup>1</sup>.»

Desconsolador por extremo como aparece el cuadro, no retrata, sin embargo, á la nación más que por un lado, que no fuera el peor si con las rivalidades ordinarias en las oficinas de la corte y la prosecución de innovaciones dirigidas á obtener rentas y tributos acrecentados mediando funcionarios desdeñosos traídos de Francia, no se irritara el cáncer de la discordia civil, nunca desarraigado por completo de nuestras entrañas.

El rey Luis XIV, principal agente en la destrucción de la Armada española, conoció ahora que no bastaba la suya para suplirla, habiendo de guardar tan dilatadas costas en las penínsulas ibérica é italiana, en las islas del Mediterráneo y del Atlántico y en el inmenso continente americano, desde luego amagadas. Por mucho que fuera el secreto de los preparativos hostiles, ni se le ocultaba la entidad de los trabajos que se hacían en los puertos de Inglaterra y de los Países Bajos, ni dejaba de estar al tanto de los progresos de la gran alianza contra la casa de Borbón, á que se fueron arrimando Dinamarca, Brandeburgo, con otros principados alemanes, ratificado el convenio primitivo de confederación con suma de condiciones por las que se reservaban para sí los ingleses en la monarquía, á la isla de Menorca, Gibraltar, Ceuta y casi la tercera parte de las Indias; otra tercera, con limita-

<sup>1</sup> Tomo I, lib. II, pág. 45.



Embarco del rey D. Felipe en Barcelona.





ción á su gusto en Flandes, los holandeses; el Emperador el Estado de Milán, incorporado en los otros hereditarios, como feudo de su corona <sup>1</sup>.

Lo que no llegó á penetrar con tiempo, fué el despacho de dos escuadras inglesas á las Indias y á los cabos de Galicia, con intención de interceptar las flotas de la plata ántes de que los rumores de guerra se esparcieran, observando las antiguas teorías de Monson, con escaso escrúpulo fundadas sobre el adagio popular de que «da dos veces el que da primero». Pero como el golpe resultó fallido, se hizo publicar simultáneamente la declaración de guerra contra Luis XIV y Felipe V en concepto de usurpadores del trono de España (Mayo de 1702), días antes de ponerse á la vela en Spithead 50 navíos de línea ingleses y holandeses en unión de convoy de transportes conductores de 14.000 soldados, formando total de 160 velas <sup>2</sup>.

Regía esta armada como jefe superior el almirante inglés Jorge Rooke, de buena reputación, alcanzada en las guerras anteriores; las escuadras holandesas mandaba el almirante Allemond; las tropas de desembarco, sir Jaime Butler, duque de Ormond, yendo en la expedición subordinados otros generales de mar y tierra, y embarcado posteriormente el príncipe Jorge de Darmstadt, el que fué virrey de Cataluña, con poderes para dirigir la política, conferidos por acuerdo de las Cortes aliadas, en razón á los conocimientos, relaciones é influencia que tenía en la Península.

Apareció á vista de Cádiz la imponente fuerza el 23 de Agosto, madurado el plan que para apoderarse de la plaza discurrió el difunto Guillermo III, bien informado de sus elementos de defensa. Pocos eran, según antes se ha dicho. Había sustituido al marqués de Leganés en el cargo de Capitán general de la costa D. Francisco del Castillo, marqués de Villadarias, acudiendo precipitadamente desde Ceuta, asediada de los moros. Las tropas veteranas puestas á sus

<sup>1</sup> El marqués de San Felipe.—Belando.

<sup>2</sup> J. Campbell, *Lives of the British Admirals and accurate naval history*. London. 1785. Los historiadores españoles señalan 200.



órdenes llegaban á 150 infantes y 30 jinetes. En la ciudad gobernaba D. Escipión Brancacio, con presidio de 300 hombres, y en la bahía tenían aseguradas sus anclas cuatro bajeles y seis galeras de Francia, juntas con las de España, que mandaba el conde de Fernán-Núñez.

El reconocimiento verificado por las naves ligeras del enemigo confirmó sus datos, instándole á enviar desde el Placer de Rota, donde había fondeado la armada, cartas de intimación y manifiestos firmados de los caudillos ponderando el poder de la Grande Alianza y pidiendo la entrega del territorio á nombre de la Casa de Austria. Un tanto sorprendido con el tenor de las respuestas recibidas, se reunió el Consejo de generales, en que se manifestaron las disidencias naturales en toda confederación. El duque de Ormond instaba por el desembarco de las tropas á espaldas de la isla de León, á fin de atacar á Cádiz por tierra, al mismo tiempo que lo hicieran los navíos desde la bahía: Rooke, apoyado por los marinos, era opuesto á tal empresa, arriesgando la armada; Darmstadt recomendaba no acudir á los recursos violentos de bombardeo ú otros que trocaran la disposición de los pueblos andaluces, fácilmente reducible á los intereses de la Liga; mas como quiera que fuesen distintos y aun opuestos los de cada una de las entidades que la componían, no era fácil la inteligencia.

Repetidamente ha ofrecido la narración de los sucesos á través de los tiempos, experiencia de lo que suele acontecer en asambleas de esta especie. Es muy raro que aun en las de composición homogénea, en los Consejos de guerra formados por jefes de una sola nación y una misma arma, se armonicen los pareceres, dada la ocasión de que cada cual emita libremente el suyo y pueda con él forjarse escudo de seguridad.

Un ilustre marino contemporáneo de la expedición no disimuló su parecer, de que en circunstancias críticas debe el jefe decidir echando sobre sus hombros la responsabilidad del suceso, «porque la naturaleza, amiga de la conservación, sugiere imperceptiblemente á los consejeros tantas razones



plausibles para eludir el peligro, que el resultado viene á ser siempre el de no batallar»<sup>1</sup>.

En la empresa de Cádiz, donde la disparidad consistía en los medios de imponer un monarca, queriendo unos emplear los de la guerra á sangre y fuego, y otros cualquiera más suave que conquistara las voluntades, disgustados todos, no acertaron á elegir ninguno bueno. Echaron la tropa en tierra, cerca de los navíos, entre Rota y el Puerto de Santa María, al amanecer el día 26, sin encontrar oposición más que de 25 á 30 jinetes, cuyo capitán murió honradamente. Caminaron por la playa hacia Rota, cuyos vecinos, vistas las cartas del príncipe de Darmstadt, entregaron la villa y el castillo por conservar la hacienda, habiéndose retirado el Gobernador con los pocos soldados de su mando, para incorporarlos al núcleo del marqués de Villadarias<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Memorias de Duguay-Trouin. Sus palabras son: «J'ai remarqué que le sort de presque tous les conseils qui ont été tenus dans la marine, a été de choisir le parti le moins honorable et le moins avantageux: ainsi je mourrai persuadé que dans les occasions où le péril est grand et le succès incertain, c'est au commandant à décider, sans assembler de conseil, et à prendre sur lui le risque des bons ou des mauvais événemens; autrement, la nature, qui abhorre sa destruction suggère imperceptiblement à la plupart des conseillers tant de raisons plausibles sur les inconvéniens à craindre, que le résultat et toujours de ne point combattre, parce que la pluralité des voix l'emporte.»

No difiere el juicio del historiador inglés Campbell, emitido en ocasión distinta: «Y have more than once observed (dice) and the truth of my observation hath been frequently confirmed, that councils of war seldom forebode much heroism.» Cuando un jefe, cuyo poder es absoluto (sigue escribiendo), consulta á sus inferiores, tácitamente les da á entender su falta de decisión y de habilidad, ó que se inclina á hacer aquello de cuya responsabilidad quiere descargarse.

<sup>2</sup> Escribió el Marqués de San Felipe en sus *Comentarios* que la villa rindió su gobernador vilmente y tomó el partido de los enemigos. Lo repitió el P. Belando, agregando haber pagado la traición el príncipe de Darmstadt, con título de marqués, conferido en nombre del Emperador, y uno y otro asientan por lección moral que, idos los intrusos, cayó su gobernador-marqués en manos del general Villadarias y fué ahorcado. Copiaron la especie historiadores sucesivos, afeándola el conde de Clonard, Lafuente, Gebhardt y los que le siguen, desconociendo el opúsculo titulado *Díaz Cano vindicado. Apología que contra las calumnias del marqués de San Felipe escribió el hijo del gobernador de Rota, Fr. Pedro Cano*. Citólo don Adolfo de Castro en su *Historia de Cádiz y su provincia*, Cádiz, 1858, así como el *Diario del suceso* que dedicó á la ciudad D. Manuel Danio Granados, con los que se acredita que, cumplidos plenamente por el aludido gobernador D. Francisco Antonio Díaz Cano los deberes de soldado, recibió del Rey la merced de hábito militar y fué repuesto en el cargo que había servido fielmente.



Ocupado el lugar, avanzaron los invasores hacia el Puerto de Santa María, adelantando el duque de Ormond un trompeta con carta en que amenazaba con la horca al gobernador del castillo de Santa Catalina si al punto no lo rendía, como lo hubo de hacer, quedando prisionero con la reducida guarnición que tenía, no por la amenaza, á que respondió en buen estilo militar <sup>1</sup>, sino por evacuar la ciudad Villadarias, escaramuzando con los jinetes y unos 300 mosqueteros de las galeras.

Saciaron los britanos el ansia de rapiña en los templos y monasterios, cometiendo indignidades y sacrilegios, en que más que los soldados se significaron los generales, con admiración y escándalo grande de los vecinos pacíficos. Repitieron los excesos en Puerto Real, adelantando en dirección del puente de Suazo, puesta la vista en Cádiz; y como advirtieran que por días crecía la oposición, porque la nobleza, los hidalgos, las milicias de Andalucía iban acudiendo, sin que un solo desertor se les uniera ó les comunicara avisos útiles, decidieron atacar por la parte de tierra al fuerte de Matagorda, que con el del Puntal enfrente, defendía la entrada de los Caños, para lo cual establecieron trincheras y baterías de cañones y morteros, batiendo del 9 al 16 de Septiembre, con tenacidad á que no respondió el suceso, por desmontarles la artillería las galeras del Conde de Fernán-Núñez, colocadas en el flanco, haciéndoles en junto, con las demás defensas, más de 600 bajas.

Era aquella parte la mejor fortificada por la situación de los galeones de Indias y la de un pontón ó chata con 12 piezas de artillería de á 24, todas las cuales, con las de las galeras, componían suma de 80 cañones movibles y de acceso difícil para el enemigo, por haberse echado á fondo dos navíos en la entrada de Puntales <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Campbell censura las inconveniencias del duque, juzgando hicieron mucho daño á la causa, así como que no tratara de repararlas guardando al pueblo las consideraciones que le estaban ordenadas. «These quick proceedings (dice) instead of drawing the Spaniards to declare for the house of Austria, rendered them averse to it.»

<sup>2</sup> Relación manuscrita en la Academia de la Historia, est. 16, gr. 5, número 111.



Tampoco les favoreció la suerte en la tentativa del puente de Suazo, ni en la que hicieron los navíos para forzar el puerto, embistiendo á toda vela contra la cadena de perchas y pipería que, sujeta por los extremos en dos bajeles viejos sumergidos expresamente y defendida por la artillería de la plaza, cerraba la parte más estrecha <sup>1</sup>; por todo lo que, convocado el Consejo de guerra, tras mutuas recriminaciones y enojosos debates, acordaron abandonar las trincheras con parte del material y desandar el camino hasta Rota, haciendo cara á la caballería que picaba la retaguardia y escaramuceaba por el flanco derecho, con lo que el reembarco fué desordenado y con pérdida de gente, aunque no tanta, ni con mucho, comõ suponían alborozados los andaluces <sup>2</sup>.

Por fin el 30 de Septiembre se alejó la armada enemiga, despechados los jefes y acusando de engaño al de Darmstadt por excusa ante la opinión europea, que no por ello dejó de censurar severamente su proceder, sobre todo en los actos vergonzosos del Puerto de Santa María <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> El marqués de San Felipe.—El P. Belando.—Contestando el marqués del Real Transporte á los cargos formulados por el fiscal en el proceso de rendición de la Habana el año 1762, en razón á echar á pique varios navíos en la boca del puerto, refirió como ejemplo en favor de su resolución que cuando los ingleses saquearon á Rota y al Puerto de Santa María, no pudiendo las galeras españolas, aunque lo intentaron, poner cadena entre Matagorda y Puntales á causa de la violencia de las mareas, echaron á fondo en el canal dos navíos grandes cargados de piedra; y aunque los enemigos, aprovechándose del viento favorable que tenían, fueron dos veces á toda vela á querer forzar el puerto, enredados en los navíos del fondo y maltratados de los golpes que dieron contra ellos y de los cañonazos de ambos castillos y galeras, quedaron en tan mal estado que no les costó poco repararlos para que pudieran navegar, y desesperados de poder salir con la empresa, desistieron de ella.

<sup>2</sup> Publicó la *Gaceta de Madrid* que la pérdida de los aliados en la empresa de Cádiz ascendió de tres á cuatro mil hombres, incluso un general. La cifra es evidentemente exagerada. Ellos, por su parte, la reservaron.

<sup>3</sup> El citado Campbell escribió: «This bad behavior had a terrible effect, for it gave the Spaniards an idea, that they were to do with an impious, drunken, and debauched people, without morals, and without discipline.» Vecchi condensó el juicio (*Storia generale della marina militare*) diciendo: «Insomma la impresa non sorti l'effetto desiderato, poichè non contentó nessuno né gli amanti di gloria, né i cupidi di preda.»

